

tiranías de Motezuma, que reinaba en el imperio, aumentaban de dia en dia el número de tráfugas y de sus confederados.

Instruido Cortés del estado floreciente de aquella república por los de Zempoala, sus aliados, no omitió medio alguno para entrar igualmente en confederacion con ella; pero esta potencia aristocrática y desconfiada era muy celosa de su libertad para que accediese á semejante designio. Sin dar una respuesta precisa á los mensajeros de Zempoala, que le enviaron y que retuvo con pretestos especiosos, mandó salir su milicia compuesta de cuarenta mil hombres, encargándola secretamente que combatiese con los españoles. Propusiéronse negar esta providencia si era batida por estos estrangeros, á quienes miraban á lo menos como hombres extraordinarios; y si alcanzaban victoria, parecia poco difícil reconciliarse con los zempoales que los acompañaban en calidad de auxiliares. En el espacio de algunos dias se dieron hasta dos batallas campales, hallándose en la segunda el ejército de Tlascalá con una fuerza de diez mil hombres mas que en la primera: pero Cortés supo sacar partido de sus aliados, y consiguió, no sin grandes esfuerzos de valor y de talento, dos victorias completas. Hízose la paz inmediatamente, y fue tanto mas sólida, quanto estaba cimentada sobre el aprecio del valor, en una nacion que le miraba como la primera de las virtudes. Por otra parte, Cortés y los suyos se portaron en Tlascalá con una prudencia y una moderacion que se estendió hasta extinguir todo recelo,

y con una equidad y generosidad que les ganaron todos los corazones. De aquí adelante no se trató mas que de llegar á Méjico.

Habia ya reconocido aquellas cercanías, y conversando en las fronteras con diferentes vasallos del Emperador, habia visto que todos murmuraban secretamente, y que los corazones estaban sublevados contra Motezuma (1). Es un mónstruo de orgullo y de ferocidad, decia entre otros á Cortés el Príncipe de Quibislan, que no contento con aumentar sus tesoros con nuestras calamidades, hace tambien del honor de sus vasallos la materia de su tiranía, nos arrebatá nuestras hijas y nuestras mugeres con la violencia mas injuriosa, y despues de haberlas hecho servir á sus placeres infames, hace correr su sangre sobre los altares de sus dioses, de los cuales, dice, que él es el mas grande, y se manifiesta el mas cruel. Pero el temor sofocaba las quejas en secreto, y los desgraciados, que solo podían desahogarse en los lugares mas ocultos, temblaban de que el éco de sus gemidos resonando en las bóvedas llegase á descubrirlos. Mientras que el cacique conferenciaba con Cortés, vinieron á decirle que seis comisarios de Motezuma, encargados del cobro de los tributos, habian venido repentinamente á los pueblos vecinos, y que solo distaban algunos pasos. Perdió el color al momento, y sin acabar de proferir la palabra que habia comenzado, se alejó precipitadamente, sin detenerse á dar la razon que le obligaba á ello. Nada le valió esta

(1) *Lib. 2. c. 9.*

circunspeccion servil: los ministros de la opresion le citaron, junto con los demás caciques comarcanos, les acriminaron el haber recibido en su distrito unos extranjeros sospechosos, y en castigo les pidieron veinte de sus vasallos, sobre el número ordinario que ofrecian para ser inmolados á los dioses en espacion de su imprudencia.

Cortés era muy hábil para que dejase de aprovecharse de estas vejaciones insoportables, así como del ódio general que escitaban. Hizo llamar segunda vez á los caciques, y les dijo que no temiesen cosa alguna: que miraba como una injuria hecha á su persona la órden bárbara que les habian intimado: que habia ya cesado el tiempo de egercer semejantes tiranías, especialmente á su vista y en un pueblo que solo era culpable por haberle manifestado benevolencia. Para alentar su valor, tomó la resolucion atrevida de prender y aprisionar á los comisarios de Motezuma. Tratólos no obstante con mucha humanidad, dándoles á entender, que el objeto de apoderarse de sus personas no era otro que el de substraerlos de los atentados de los descontentos; y en fin, los puso en libertad despues de haberlos convencido tan eficazmente de que le eran deudores de sus dias, que le pidieron una escolta para conducirlos hasta que estuviesen fuera de aquellas tierras donde habian creido que peligraba su vida. Hizo luego valer este buen oficio para con Motezuma, pidiéndole con instancia el permiso de presentarse á él en calidad de embajador del Príncipe mas poderoso del oriente. El honor de recibir esta

embajada, que encarecia Cortés infinitamente, no lisongeó de modo alguno á Motezuma, quien hizo lo posible para evitarla, sin atreverse, no obstante, á emplear la fuerza abierta contra estos extranjeros temibles. Habíanse esparcido entre los megicanos estremadamente supersticiosos una infinidad de oráculos y de predicciones que anunciaban la llegada de unas tropas invencibles, venidas de los climas donde nace la aurora, cuya fuerza acarrearía la ruina del imperio. Esto ató las manos á Motezuma, le privó de consejo y de valor, é hizo en cierto modo posibles á los españoles los sucesos prodigiosos en los cuales no podemos sin embargo desconocer aquella impresion extraordinaria que el Motor supremo da á las causas segundas cuando quiere mudar la suerte de los imperios. Este Príncipe, abandonado al terror y á la supersticion, no tuvo ya otros recursos que los de las almas débiles, las esplicaciones y los rodeos, la multitud de embajadas, las negociaciones prolongadas, el atractivo de los regalos, los artificios y estratagemas, en una palabra, todos los arbitrios de una política cobarde, en la que procedió además con pasos inciertos y vacilantes sin objeto y sin consecuencia. Si la fuerza del talento constituye la de los imperios, un estado regido por semejantes manos, debia naturalmente caer en las de Cortés, fuese cual fuese la desproporcion entre los medios de la defensa y los del ataque.

Abierto en fin el camino de Méjico por la perseverancia del español, partió éste de Tlascala, despues

de haber hecho colocar una grande cruz sobre una altura, recomendándola con instancia á los magistrados: predicacion muda que derramó insensiblemente la semilla del Evangelio en aquella tierra salvage, donde al cabo de quatro años produjo abundantes frutos. Los historiadores de aquel tiempo aseguran que el cielo mismo veló por el honor del instrumento de nuestra salud; y que durante aquellos quatro años se observó constantemente de dia y de noche una nube brillante situada perpendicularmente en forma de columna sobre aquella cruz. Si puede ponerse en duda este prodigio, es á lo menos incontestable que aquella cruz, no solo subsistió durante todo aquel tiempo, sino que los indios, aun los mas distinguidos, no cesaron de venerarla, inclinando la rodilla en su presencia, como lo habian visto hacer á los españoles cuando iban allí á orar: esto con perjuicio de sus templos, los que fueron infinitamente menos frecuentados que antes. Juzgaban que no podian hacer otra cosa mejor que imitar á aquellos huéspedes extraordinarios, que creían inspirados del cielo, cuyos enviados se decian.

Cuando se puso en marcha el ejército español, le siguió una gran multitud de tlascaltecas y de sus varios aliados, reunidos por las órdenes del senado para socorrer á sus amigos, y algunos autores aseguran que su número llegaba á cien mil hombres. Lisongeado sin duda Cortés de una amistad tan generosa, les manifestó, no obstante, que entrando en Méjico como embajador, no le convenia presentarse en aquella corte con fuerzas tan grandes. Conservó solamente

algunos destacamentos escogidos con sus gefes (1). Estos consistian, segun la relacion del mismo Cortés, en seis mil hombres, que redujo despues á algunos centenares cuando estuvo cerca de la ciudad de Méjico; pero todos los demás quedaron de reserva para marchar á su socorro en caso de necesidad. En Cholula, ciudad mejicana, la primera que le recibió dentro de sus muros y que contaba veinte mil familias, se complació de ver reunidos todavía bajo su estandarte los seis mil valientes tlascaltecas. Despues de haber sido introducido en ella con regocijos y honores extraordinarios, descubrió una conjuracion tambien tramada por las órdenes de Motezuma, que hubiera sido insuficiente todo su valor, á no ocurrir el de sus generosos auxiliares. Despues de haber castigado esta traicion, que fingió atribuir solamente á los habitantes de la ciudad, continuó su ruta; y para no hacer de un traidor tímido y reservado, un enemigo furioso, manifestó hácia la persona de Motezuma tanta mas confianza, quanto menos motivo tenia de tenerla. Frustrando por último diferentes celadas que continuaron poniéndole en el resto del camino, llegó con los españoles á la vista de Méjico.

20. Esta ciudad está situada en medio de una vasta llanura, rodeada de altas montañas, de donde se precipitan una infinidad de arroyos que forman en el valle diferentes lagos ó estanques, y en lo mas bajo del terreno dos lagos principales coronados y divididos con mas de cincuenta poblaciones grandes, de las

(1) *Sol. l. 5. c. 5.*

cuales muchas equivalen á ciudades distinguidas⁽¹⁾. Tezcucó, donde llegaron primero los españoles, al oriente del gran lago tenía, segun algunos autores de aquella nación, una estension dos veces mayor que Sevilla. Ictapalapa, un poco mas adelante hácia el mediodía del lago, contaba tambien diez mil casas de dos y tres pisos. Este pequeño mar podia tener unas treinta leguas de circuito, y los dos lagos que le formaban, el uno de agua dulce y el otro de salada, estaban separados por un buen dique construido de mampostería, á fin de que no viniesen á confundirse, pues sacaban del uno agua muy sana para beber, y del otro una sal escelente que enriquecia el pais. En medio del lago de agua dulce, bajo la zona tórrida, aunque templada por el poco calor del sol y el soplo de un céfiro continuo, se elevaba la gran ciudad de Méjico, la cual por la multitud de sus palacios, la altura de sus torres y de sus edificios públicos, anunciaba su imperio sobre tantas otras ciudades colocadas al rededor como para tributarla homenaje. Contábanse en ella setenta mil familias, por la mayor parte muy numerosas por la multitud de mugeres extraordinariamente fecundas en aquella region. Comprendia dos cuarteles principales, y como dos ciudades, el uno habitado por el comun del pueblo con el nombre particular de Tlatelulco, y el otro llamado propriamente Méjico, donde residian la corte y la nobleza. Entrábase á la ciudad por tres calzadas solamente, construidas en medio de las aguas con inmenso gasto,

(1) *Ibid.* c. 13.

y cortadas de trecho en trecho por puentes levadizos, la primera de dos leguas de largo hácia la parte del mediodía, por donde los españoles hicieron su entrada, la segunda al norte de una legua, y la tercera poco mas corta al occidente. En esta especie de prision fue donde el magnánimo Cortés no vaciló encerrarse con cuatrocientos cincuenta españoles y seiscientos indios; pero su misma temeridad heróica fue el recurso mas útil á sus designios, por quanto no permitió que se creyese que un héroe semejante era solo hombre.

El megicano le reverenció como al mas poderoso de los dioses, y le prodigó los honores que no rendia á sus divinidades domésticas. No contento con haber mandado salir á su encuentro los grandes mas distinguidos y los Príncipes de su misma sangre, salió en persona á bastante distancia de la ciudad acompañado de toda su corte, en la que se hallaban hasta mil y doscientos nobles, marchando en dos líneas, descalzos, con los ojos bajos, y en un silencio tan respetuoso como si asistiesen á una fiesta de religion. Bajó él mismo de su litera, y dió algunos pasos hácia Cortés, quien habia saltado del caballo al acercarse, y caminaba á su encuentro. El español se inclinó profundamente, y el Emperador bajó la mano hasta la tierra llevándola luego sobre sus labios: señal de honor inaudita de parte de aquellos Príncipes, y particularmente de Motezuma, para quien el orgullo era la primera de las virtudes, y que apenas inclinaba la cabeza delante de sus ídolos. Este primer acogimiento

realzó prodigiosamente la idea que los indios habían concebido ya de los españoles. En el mismo día Motezuma pasó á visitar á Cortés en uno de los palacios imperiales que le había dado para su alojamiento, á donde tuvo encargo de conducirle el primer Príncipe de la sangre. Este edificio era una especie de fuerte ó castillo, bastante capaz de contener todo el ejército español, construido de piedras cortadas, y flanqueado de torres que podían hacerle una plaza de armas. El primer cuidado de Cortés fue el de reconocer todas sus partes, distribuir sus guardias, montar sus cañones, y ponerse en estado de sostener un sitio en caso de necesidad.

En la primera visita que le hizo Motezuma, el héroe cristiano, después de haberle dado gracias por un favor tan singular, nada tuvo por tan interesante como el de hacer brillar á sus ojos los primeros rayos de la verdad (1). Díjole que venía á su corte como embajador del Príncipe mas poderoso de la tierra: „Príncipe, prosiguió, tan generoso como poderoso, que solo se complace en señalar su poder con sus beneficios. Si quiere abrir el comercio y formar una estrecha alianza entre las dos monarquías, es con el fin de hacerlos participante de sus bienes, y del mas precioso de todos, que es la verdad. Él os declara por mi boca, á vos y á todos vuestros vasallos, que vivís en el error mas funesto, adorando á dioses insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra imaginación. No hay mas que un Dios verdadero, principio

(1) *Sol. l. 3. c. 11.*

eterno de todas las cosas. Su poder infinito es quien formó de la nada los cielos que giran á nuestra vista, la tierra que nos sostiene, y el primer hombre de quien todos procedemos; y tienen igual obligación el meicano y el español, el Monarca y el vasallo, de adorar á este primer Autor de nuestro sér, bajo la pena de ser precipitados en hogueras eternas, de las cuales vuestros volcanes los mas horribles no son mas que una débil imagen. Y el espectáculo encantador de la naturaleza, la voz de la razón, el sentimiento de la conciencia ¿no os han dicho antes que nosotros lo que el gran Monarca de oriente, penetrado de vuestra infelicidad é infortunio, me encarga repetir os como lo que mas le interesa? Ved lo que os propone como el medio mas eficaz para establecer una amistad duradera, y una confederación sólida entre las dos coronas. Los corazones no se unen perfectamente cuando los ánimos están separados, y no puede subsistir unión entre los hombres á menos que la Religión forme los lazos.”

Estas palabras hallaron poca acogida en el espíritu del meicano. Respondió brevemente, que todos los dioses eran buenos, y que el de los cristianos podía ser todo lo que ellos decían sin perjudicar á los suyos. Y volviendo la hoja, „descansad al presente, le dijo; estais en vuestra casa, sereis tratado con todos los respetos debidos á vuestro valor y á la dignidad del Príncipe que os envía.” Como había recibido de ellos á su arribo algunas bagatelas europeas de cristal y esmalte, miradas en Méjico como maravillas

inestimables, y temia sobre todo dejarse vencer en liberalidad, les dió por su parte regalos magníficos de oro y joyas: despues de lo cual se retiró á su palacio.

Al dia siguiente pidió el embajador su audiencia solemne, y la obtuvo tan prontamente, que le fue llevada la respuesta por los maestros de ceremonias encargados de introducirle en aquella misma hora. Halló en el camino muchos objetos dignos de admiracion, recorriendo una ciudad que hacia un contraste tan singular con las habitaciones de los salvages que rodeaban aquel imperio. Además de la grandeza de los edificios públicos, vió con admiracion las casas de los nobles, es decir, la parte mas principal de aquella capital, todas de piedra, agradables á la vista y de construccion sólida. Las del órden popular eran menos capaces, menos elevadas y de una altura desigual; pero unas y otras, ó estaban colocadas en línea recta, ó á lo menos formaban calles muy transitables, y de trecho en trecho bellas y grandes plazas. En muchos sitios en lugar de calles habia canales sacados del lago, dejando en las orillas terraplenes para el tránsito de las gentes. Estos canales estaban cubiertos de una infinidad de barcas y de góndolas, en número que se dice ascendia á cincuenta mil. Pero lo que arrebató á los españoles fuera de sí, fue el primer aspecto del palacio imperial, edificio cuya altura parece fabulosa, en una nacion que no tenia el uso de nuestras máquinas, y de una extension tan prodigiosa, que se entraba á él por treinta

puertas correspondientes á otras tantas calles (1). La fachada principal que ocupaba el frente de una plaza inmensa, era toda de diferentes jaspes, rojos, negros y blancos, mezclados con gusto, muy bien labrados y adornados de escultura. Coronaba la puerta principal un grifo, teniendo un tigre en sus garras, y estas eran las armas del Emperador.

Despues de haber atravesado una hilera casi infinita de salas y de salones brillantes de oro, colgados con telas de algodón y de pelo de conejo, las únicas que se conocieron en Méjico, ó de tegidos de plumas de una finura inimitable, y de una viveza de colores todavía mas maravillosa, debajo de unos techos de cedro, de ciprés y otras maderas odoríferas, Cortés fue presentado al Emperador, junto con los principales oficiales de su comitiva. Volvió otra vez al artículo de la Religion, ó á lo menos de la ley natural, sostenida de la fe y tan débil sin ella; y esta segunda exhortacion no fue absolutamente inútil. Echó en cara á Motezuma, como una brutalidad contraria á la naturaleza, el sacrificar hombres y alimentarse de sus carnes; y el bárbaro desterró desde entonces de su mesa estos manjares horribles, sin atreverse, sin embargo, todavía á prohibirlos á sus súbditos; y permitió á los españoles el egercicio público de su Religion. Los ingenieros y un gran número de oficiales tuvieron órden de convertir inmediatamente en iglesia, como lo pedia Cortés, una de las piezas principales del palacio que habitaba. Al cabo de algun tiempo,

(1) *Ibid.* c. 12.